

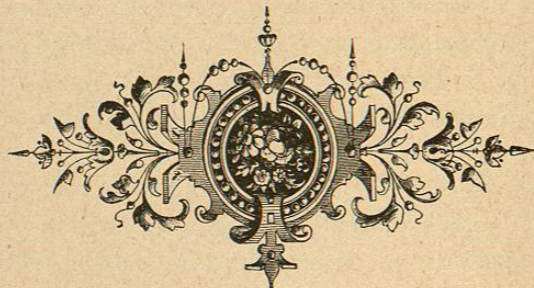
golpes en la boca porque callase; pero el esforzado soldado de la milicia de Cristo no se acobardó con los malos tratamientos que le hacian, y aunque le amenazaron con la muerte, levantó más la voz, persuadiendo á los cristianos que perdiesen mil vidas ántes que perder á Cristo, y á los mismos moros que dejasen su falsa secta y recibiesen la santa y verdadera fe de Jesucristo.

No pudiendo sufrir la libertad con que les predicaba, arremetieron á él como perros rabiosos, y le dieron muchas puñaladas, y echaron su cuerpo en el mar, porque no fuese reverenciado de los cristianos, y su alma voló al cielo á ser coronada en la bienaventuranza.

Su martirio fué á veinte y siete de setiembre, el año de 1663, dia de san Cosme y S. Damian, en que fué confirmada la Compañía.

Súpose lo referido de un indio muy ladino y cristiano, que se llamaba Pedro Mangovar, mayordomo y fiscal mayor de Nundayan, que iba cautivo en la misma embarcacion, y se huyó la noche que le mataron. Y le escribió á Manila y á Europa el P. Jerónimo de Ortega, Superior de aquella residencia, cuya carta tengo en mi poder, su fecha de Sogor y octubre 8 de 1664, de donde se ha copiado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.



MISION DE MÉJICO



P. PEDRO MARTINEZ

AUNQUE muchos autores escriben la dichosa muerte de este siervo de Dios, ninguno hace relacion de su vida ni de los empleos que tuvo en la Compañía, y así daré aquí alguna noticia de ello.

El año de 1553 fué recibido en el colegio de Valencia el P. Pedro Martinez, aragonés, nacido en Celda de la comunidad de Teruel.

Era en el siglo muy valiente por su persona; pero empleaba mal esta valentía que Dios le habia dado para otros fines, como suelen emplearla mal comunmente los mancebos de su edad, que se llaman valientes, y en los ojos de Dios son reputados por cobardes. Pero nuestro Pedro Martinez no anduvo mucho tiempo con este engaño, y la ocasion de apartarse de él la contaba él mismo con lágrimas de sus ojos, que pasó de esta manera:

Vino de su tierra á la ciudad de Valencia á estudiar las Artes y Teología: mientras duraron los estudios, más se ocupaba en la escuela de la esgrima que en las de la Universidad, haciendo siempre á dos manos, revolviendo por una parte á Aristóteles y Santo Tomás, y por otra meneando el montante, espada y rodela, en las cuales armas y en otras era muy diestro, conocido y estimado en aquel tiempo por tal: de modo que no habia desafio en la ciudad en el cual no se hallase, ó por desafiado ó desafiador, ó á lo ménos por padrino.

Andando tan ocupado en estos cursos, no era mucho que tuviese poca devocion á los de la Compañía: no sólo no la tenia, pero aún hacia burla y mofa de ellos y de sus cosas, y con este intento se fué un dia á aquel colegio con tres ó cuatro de sus amigos, diciendo que iba á reirse un rato de aquellos Padres, y por donaire les dijo: «Uno de los que aquí vamos se ha de quedar en los teatinos;» y cada cual riendo, respondió: «Yo no á lo ménos.»

Entrando en la portería se asentó en ella. Preguntóle el portero con mucha modestia y cortesía si mandaba alguna cosa; respondió que ninguna más que estar asentado allí un rato, y mientras lo estuvo, puso con atencion

los ojos en los Padres y Hermanos que por allí pasaban, por si podia coger algo de lo que venia á buscar; pero él quedó cogido para Dios por el mismo medio, porque vió tanta modestia, tanta devocion y compostura en las palabras y obras, que comenzó á pensar en sí de dejar el mundo y seguir el instituto de que ántes hacia burla; y, llamándole Dios muy de veras, se resolvió de pedir la Compañía.

Llamó luego al Superior y pidióle que le recibiese sin dilatarle su intento. El Padre viendo la determinacion del mozo, respondióle que estaba muy contento de recibirle, pero que lo pensase por espacio de solos ocho dias: oida esta respuesta, se volvió echándolo todo en olvido.

Antes de cumplirse los ocho dias, salió á un desafio como solía, y estuvo en el puesto señalado aguardando hora y media á los desafiados, los cuales no acudieron, y al cabo de los ocho dias se acordó Pedro Martinez de lo que habia pasado en el colegio.

Vínose á él, más por cumplir su palabra, como hombre que hacia oficio de mantenerla, que por otro respeto de virtud; mas el Señor no se olvidó de él, porque, siendo recibido en el colegio de Valencia, comenzó á darse tanto á la penitencia y mortificacion, que era necesario moderársela: ceñido del cilicio cavaba muchas horas en la huerta como un jornalero, para desquitar el mal empleo de las fuerzas corporales en las valentías del mundo.

Disciplinábase rigurosamente por largo espacio, y fué tambien necesario irle á la mano, dándole un reloj para que no pasase de media hora la disciplina.

Causó la entrada de este fervoroso Hermano grande admiracion y edificacion en todos los que le conocian, viendó la mudanza que habia hecho en su vida, y como á una maravilla venian muchos á verle, especialmente estudiantes, de los cuales algunos con su ejemplo se movieron á entrar en religion.

Desde Valencia fué enviado á Gandía, y en aquel colegio hizo oficio de Ministro y leyó Gramática: era muy fervoroso, de grande pecho y corazon, y muy diestro y elocuente en ayudar á bien morir. Desde Gandía fué con un Hermano á impedir un juego de toros á la villa de Oliva. El Duque, como supo que habian venido de Gandía á sólo aquello, mandó no se corriesen.

Pasaba á Africa un grande ejército de españoles el año de 1558, y el general que le guiaba pidió al P. S. Francisco de Borja algunos Padres de la Compañía, que ayudasen en las cosas espirituales á la gente de guerra. Pidió esto no tanto por gana que de llevarlos tuviese, como porque, con mostrar este amor y confianza, esperaba tener mejor despacho de la córte para sus provisiones. El santo Padre se los concedió y envió á los PP. Pedro Martinez y Pedro Domenech.

Llegados estos Padres á Cartagena, donde se hacia la masa del ejército y embarcacion para Orán, fueron á presentarse al general que los habia pedido, diciendo, que el P. Francisco los enviaba, que su Señoría viese en qué habian de ocuparse y servir. Él les envió á decir con un paje, sin hablarlos ni verlos, que fuesen al coronel del ejército, que él los acomodaria. El coronel (que no debia poder más) les echó á ellos y al H. Juan Gutierrez, que los acompañaba, en una nave, donde estaban muy apretados ochocientos soldados, tan pobres y necesitados, que ni para sí ni para los Padres tenian otro sustento que bizcocho podrido y agua tan dañada que no la podian llegar á las narices. De esta manera estuvieron muchos dias en la mar.

Llegados á Orán, yendo el general con su ejército á poner cerco sobre Mostagan, envió á decir á los Padres de la Compañía que no tenia cómo llevarlos en el ejército ni modo de acomodarlos, pero que se quedasen curando los enfermos del hospital de Orán.

Ellos lo hicieron así; toman á su cargo la cura de las almas y de los cuerpos de más de quinientos enfermos: y, aunque pensaban entónces que el haberlos dejado allí era falta de voluntad y de favor de los hombres, presto conocieron que no fué sino favor del cielo y regalo de nuestro Señor, que por sus secretos, aunque justos juicios, tenia determinado de castigar todo aquel ejército y de librarlos á ellos del azote de su ira.

Porque fué así, que al tiempo que el campo cristiano estaba batiendo con la artillería los muros de Mostagan, los saltó el rey de Argel con un campo de muchos turcos y grandísima multitud de alárabes, y cogiendo á nuestros soldados casi muertos de hambre, porque la provision que habian sacado para cuatro dias les habia durado catorce, y los bergantines y arcas que llevaban las vituallas ó fueron tomados de las fustas del turco ó no pudieron salir del puerto: no hallaron resistencia bastante, y de esta manera, de doce mil que eran en el ejército, los seis mil fueron pasados á cuchillo con su general, y los otros seis mil se llevaron cautivos, sin escapar hombre, y los Padres de la Compañía se volvieron á España cuando, teniéndolos por muertos, se les habian dicho las Misas como á difuntos.

Vuelto de Africa el P. Pedro Martinez, fué á vivir á la casa profesa de Toledo, donde estuvo algun tiempo.

Fué á predicar una Cuaresma á Escalonilla; en esta mision lo primero que hacia este siervo de Dios, era levantarse muy de mañana á tener su oracion con mucho sosiego. Despues de ella confesaba hasta mediódía, luégo decia Misa é íbase á comer; despues enseñaba la doctrina cristiana, y en acabándola, se ponía á confesar hasta el anochecer; entónces predicaba con extraordinario fervor, concurso y fruto de las almas; hacia colacion ayunando

con tanto rigor, como si no predicara. Despues rezaba sus maitines, y ántes de reposar cada noche se disciplinaba con extraordinario rigor, y duraba la disciplina por lo ménos media hora; y aunque su compañero, movido de caridad, le advertia que era exceso para quien tanto trabajaba, con todo eso le parecia poco, haciendo otros grandes rigores: no admitia regalo ni presente alguno por más que le importunasen: no salia fuera de su posada á comer á otra.

En este pueblo no quedó enemistad alguna que no compusiese ni persona que no se confesase con este apostólico varon, al cual todos tenian en opinion de santo: y, viniendo un jubileo, los de este mismo pueblo enviaron á pedir les enviasen al P. Pedro Martinez, el cual estuvo allí quince dias, procediendo con el mismo fervor y trato que se ha dicho.

De Toledo fué al colegio de Cuenca, donde predicó con mayor fervor y espíritu que nunca otra Cuaresma, que fué la última que tuvo en España,

El descanso de este trabajo fué en el colegio de Alcalá, donde pidió le desjasen ser cocinero. Sirvió en la cocina con suma edificacion tres ó cuatro meses, al cabo de los cuales, en premio de su humildad, le sacó Dios á la gloria del martirio con esta ocasion.

Escribió el rey Católico D. Felipe II, á los 3 de mayo de 1566, á nuestro P. S. Francisco de Borja, que era General, una carta en la cual le pedia que enviase á las Indias occidentales algunos sujetos, porque no habian aún entrado en ellas los religiosos de la Compañía. Por acudir á la voluntad y gusto de su Majestad, señaló nuestro P. S. Francisco algunos Padres escogidos para esta mision.

Los primeros fueron los PP. Pedro Martincz, de quien vamos hablando, y Juan Rogel, natural de Pamplona, que siendó Licenciado en Artes y Bachiller en Medicina, habia sido recibido en el colegio de Valencia por el mes de abril de 1554, y oyó Teología en el de Gandía, y el H. Francisco de Villareal, los cuales aquel mismo año partieron á los 28 de julio para la Florida, y llegaron á los 24 de setiembre.

Fué nuestro Señor servido de cumplir al P. Pedro Martinez el encendido y antiguo deseo de mejorar su valentía y esfuerzo, vertiendo su sangre por amor de aquel Señor que nos redimió con la suya tan preciosa, y de regar la tierra de la Florida luego al principio, para que diese flores olorosas y fruto copioso de virtudes.

Porque en saltando en tierra nuestro valiente y esforzado confesor de Cristo, para predicar y dar noticia del santo Evangelio á los naturales bárbaros, que hasta allí estaban sepultados en las tinieblas de la infidelidad; los que andaban por la ribera del mar, así como le vieron le quitaron la vida,

derribándole en el suelo con las porras que traian en las manos; así le pagó nuestro Señor con esta muerte tan dichosa los trabajos y servicios que habia hecho á Su Divina Majestad en la vida que hizo despues que le sacó del mundo.

En Sevilla profetizó el P. Pedro Martinez su martirio, y con la satisfaccion que tenia de él y de la merced que nuestro Señor le queria hacer, viéndose con el P. Lobo, insigne predicador de la Orden de S. Francisco, y por su mucha religion y apostólica predicacion bien conocido en toda España é Italia, á la despedida abrazándose los dos tierna y fervorosamente, dijo el P. Pedro Martinez: «¡Oh P. Lobo, qué ansias llevo de verter mi sangre y bañar aquellas riberas de la Florida á manos de bárbaros en defensa de la fe!» Esto refirió el P. Lobo á un religioso de la Compañía, y añadió que iba, como otro Ignacio, deseoso de verse en las bocas de los leones despedazado por Jesucristo.

Escribieron de este siervo de Dios el P. Pedro de Rivadeneira, Andrés Scoto, Felipe Alegambe, Fr. Fernando de Camargo en su *Cronología sacra* y otros muchos.

P. NIEREMBERG.

PP. JUAN BAUTISTA SEGURA Y LUIS DE QUIROS

CON OTROS MÁRTIRES DE LA COMPAÑÍA

LA Compañía de Jesus en sus primeros años resplandeció como un clarísimo sol en el oriente, ilustrando con la luz del Evangelio aquellos dilatados reinos de la India.

Considerando esto el rey Felipe II, cuyo imperio se extendia por todas las partes del orbe, deseó que acabase de llegar su resplandor al occidente, no para ponerse en él, sino para que en toda la redondez de la tierra amaneciese el Sol de Justicia, y fuesen alumbradas con la aurora de la gracia y fe de Cristo las regiones occidentales de la América.

Para conseguir esto, escribió una carta, año de 1566, á S. Francisco de Borja, General entónces de la Compañía de Jesus, la cual entre otras decia